

Nº 670
22
Agosto
2022
Lunes



La memoria está de capa caída

Emilio Álvarez Frías

Mi querido amigo Manolo Parra Celaya, al regreso de sus vacaciones, nos viene a contar el estado tan deplorable que se encuentre gran parte del patrimonio cultural de España. Pues hemos de ver repartidos por la nación cómo las torres de homenaje de los castillos han perdido su bizarría en no pocos lugares, cómo los patios de armas sirven con frecuencia como corral de ganado, encontramos trozos de muralla que todavía conservan almenas en las que imaginamos guerreros medievales dispuestos a disparar la flecha al enemigo que pretende asaltar la mu-



ralla, y cómo un sin número de altares tallados en maderas nobles presentan un decrepito estado, perdidos los añejos decorados, con parte de las imágenes desaparecidas por causa del mal cuidado y vigilancia y acción de los rateros que han encontrado comprador entre anticuarios nacionales y extranjeros, cómo causa dolor ver no

pocos claustros abandonados en los que todavía suena el rezo de los monjes, perfectos y sorprendentes ábsides a medio derruir donde podemos imaginar el altar en el que hace años tuvo lugar el encuentro con el Señor durante la eucaristía.

La memoria sirve para mucho y es la que nos sitúa tanto en el pasado como en el presente a la vista de lo que la naturaleza y la acción del hombre ha hecho. Y para que ella funcione nada como viajar y tener la oportunidad de llenarnos de lo que la vista contempla. Mas también podemos dotar a la memoria del

aprendizaje a través de lo que los libros nos pueden enseñar. Hay infinidad de materias en las que el ser humano se puede ilustrar a lo largo de su vida, y, lamentablemente, en un porcentaje muy elevado, por dejación, por desidia, por falta de interés deja pasar y con ello poco a poco va cayendo en la ignorancia. De lo que sea. De la historia de su país y de lo que ha acontecido en el mundo; del pensamiento de los hombres; de la creación y descubrimiento de sus semejantes; de lo que la naturaleza está dispuesta a ofrecer; y, como decimos, de un sinfín de posibilidades que pueden formar al individuo, que lo pueden dotar de una educación sólida y de un conocimiento variado y amplio.

Parece que, en historia, al menos la del país que nos vio nacer, deberíamos estar bien preparados. Pero, cabe opinar que esto tiene visos de mentira. Hoy día, da la sensación de que la memoria de nuestros jóvenes y gente de mediana edad apenas ha anidado conocimientos de los hechos sucedidos en los últimos años y no digamos echando mano del más atrás. Hace unos días, en una charla en el que había jóvenes con carreras terminadas y mayores de cuarenta años, con algún doctorado que otro, hablando de la historia de España y de los personajes que han andado por ella, estaban a cero. Apenas les sonaban nombres sumamente conocidos por famosos, que habían ocupado puestos importantes en la política, habían publicado libros que se editaron por numerosos países, habían descubierto algo en medicina, habían inventado artilugios para mejorar la vida de los seres humanos, habían escalado algún pico de los más señalados de las montañas del mundo, habían sido figuras destacadas del teatro y un largo etcétera, pero, curiosamente, sí conocían infinidad de personajes o grupos americanos que cantaban canciones so-sas, sin sentido, sin armonía.

Evidentemente hoy se hace poco uso del aprendizaje de una cultura básica y la memoria de lo que ha ido pasando, de una u otra forma, ante nuestros ojos, ante nuestro ánimo, ante nuestra vida.

Una pena, querido Manolo. Nosotros hemos hecho muchas cosas en nuestra larga vida, hemos procurado aprender de todo y hacer lo más posible, y permanentemente nos quejamos de lo que no hemos conseguido aprender. Y estos chicos de los conciertos donde se juntan 5.000 personas a brincar y gritar se saben las canciones en inglés sin llegar a enterarse lo que emiten estos músicos a través de unos inmensos altavoces de muchos decibelios. Ni conocen lo que es un botijo como el que traemos hoy, ni saben dónde está Puente del Arzobispo, de la provincia de Toledo, en cuya localidad fue manipulado por unos increíbles artesanos alfareros del barro y el pincel. Parece aconsejable insistir en la necesidad de prestar más atención a lo bello y lo útil que han hecho nuestros ancestros, y fijarnos en lo que van haciendo los contemporáneos; ello nos permitirá tener una memoria bien documentada y podremos seleccionar lo más interesante de entre esa amplia barahúnda donde todo se mezcla.



* * *

Pequeña reflexión veraniega

Manuel Parra Celaya

He llegado a la conclusión de que nuestro defecto nacional más destacado no es la envidia, como han sostenido sesudos varones, sino la dejadez. Dejadez aplicada, especialmente, a nuestro patrimonio nacional; me consta que no soy original en esta idea, pero abundo en ella con toda rotundidad.

De este modo, los aviesos propósitos de la *Memoria Democrática* de Pedro Sánchez, que se refieren obsesiva y morbosamente al período histórico del franquismo, ese que debe ser silenciado, manipulado o tergiversado, encuentran fácil acomodo en una sociedad que se desinteresa de todo aquello que considera vetusto, carente de rabiosa actualidad e «*inútil*» para obtener réditos de él.

¿No te has sobrecogido nunca, amigo lector, cuando te has encontrado con un edificio en ruinas que antaño debió ser palacio o iglesia, convento o fortín, en todo caso, escenario de nuestra historia? No ocurre así, claro, cuando el lugar en cuestión está enclavado en rutas de fácil turismo y, por tanto, susceptible de «*utilidad*» económica; entonces, se suele haber procedido a una restauración, más o menos afortunada. Sin embargo, existen muchísimos lugares de la llamada *España vaciada* que contienen impresionantes tesoros artísticos o claras evocaciones de efemérides; en estos casos, a los estragos del tiempo y a la acumulación de polvo se ha unido la desidia de las Administraciones y el desprecio de los propios vecinos.

Experimenté una sensación mezcla de admiración y tristeza hace bastantes



años, cuando contemplé las ruinas del Fuere de la Concepción, en la salmantina Aldea de Obispo; allí pacía el ganado y se acumulaba la suciedad bajo una impresionante portada de Churriguera; un rústico cartel anunciaba «*Se vende*»; a pocos kilómetros, la localidad portuguesa de Almeida lucía otro fuerte, antaño enemigo del nuestro, limpio, cuidado y abierto a numerosos visi-

tantes. Me consta que una loable iniciativa privada ha rescatado el fuerte español, transformándolo en hotel, pero, desgraciadamente, con acceso restringido a no residentes.

Idéntica impresión he tenido en estos días pasados, cuando he conocido la localidad burgalesa de Valpuesta, limítrofe con el País Vasco. Una impresionante Iglesia Colegiata, aún abierta al culto semanalmente, que contenía un maravilloso retablo mayor, con friso de artesanía tallado en madera, un claustro abierto magnífico y otras capillas y dependencias que se caían a trozos, en espera, quizás inútil, de la presencia de eruditos y, sobre todo, de generosas subvenciones para su restauración. Allí se encontraron los *Cartularios*, actas

de carácter notarial que contienen las primeras palabras en romance castellano, en amigable y reñida competencia con las Glosas Silenses y Emilianenses. Junto a la antigua Colegiata, la Casa Palacio de Zaldívar y la Torre de Velasco (cerrada y vacía), en medio de un paisaje agreste y maravilloso.

Un vecino de la localidad –simpático bilbaíno por más señas abre la Iglesia a los escasos visitantes que se aproximan a Valpuesta, pondera su riqueza oculta, sopla el polvo que recubre imágenes y se lamenta, algo estoico, de la escasa ayuda de administraciones y autoridades, civiles y religiosas. Nos dice que, «*al parecer no hay dinero*».

Uno piensa en las abultadas cifras de los presupuestos que se destinan a emolumentos de políticos, asesores, consejeros, «representantes del pueblo», a subvenciones a entidades correligionarias, a proyectos y viajes propagandísticos. Curiosamente y para más inri, junto a los muros de la Iglesia Colegiata de Valpuesta, campea un gigantesco cartel que propaga la *Agenda 2030*...

Posiblemente, la mayoría de estudiantes de hoy no tienen la menor noticia de



este lugar y de sus ruinas venerables, ni de las maravillas que encubre el polvo, ni de un tal Alfonso II el Casto, que envió aquí al Obispo Juan y firmó el Acta Fundacional de Valpuesta; ni incluso de que existió una Guerra de la Independencia, que ocasionó la destrucción de gran parte del archivo valpostano; ni de que las laicistas des-

amortizaciones siguientes se encargaron de eliminar lo que quedaba, salvo una pequeña parte que se ha recogido en el Archivo Nacional de Madrid.

Todo eso es historia, tradición y legado, es decir, algo perfectamente «*inútil*» para las mentalidades predominantes. Solo los que entendemos que una colectividad histórica, en nuestro caso llamada España, es tarea transgeneracional, y que pasado, presente y futuro forman parte de un proceso que no debe interrumpirse, sentimos en lo más profundo la pesadumbre –unida a la admiración por lo que contemplamos– por el desinterés de gobernantes y gobernados ante nuestro patrimonio común.

* * *

Mitos de cartón

La izquierda radical, la que se amamanta en el comunismo, adora a otros mitos impresentables por tener sangre en las manos en actuaciones masivas de represión

Juan Van-Halen (*El Debate*)

La izquierda radical tiene mitos a los que atribuye excelencias que no existen o las exagera hasta el delirio. Olvida sus carencias o fallos por graves que sean. Son mitos falsos, mitos de cartón. Pienso en esas figuras pintadas que se muestran en las ferias para que los visitantes se hagan

fotos con ellas y guarden un recuerdo junto a Superman, Popeye, Elvis Presley o Marilyn Monroe. Pero son de cartón. Detrás sólo falsedad, vacío.

Recientemente, aunque el tiempo pasa y se hace olvido, saltó el mito de Bolívar a cuento de uno de los sables que se le atribuyen, que son varios y algunos sospechosos de ser falsos. Bolívar tiene una estatua ecuestre en Madrid desde 1970 que nadie ha dañado mientras en las Américas se repiten los ataques vandálicos contra estatuas de Fray Junípero Serra, Isabel la Católica, Colón y Cervantes, entre otros personajes que contribuyeron a escribir una historia común. Supongo que, pese a la Ley de Memoria Democrática, no derribarán la estatua de Bolívar levantada durante el franquismo. Los pantanos tampoco.

«El Libertador» masacró a miles de españoles desde 1813 a 1820 por su Decreto de Guerra a Muerte con un



objetivo concreto: «Destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos en que van incluso los isleños de Canarias... Ni uno sólo debe quedar vivo». Al concluir aquella campaña escribió que había pasado por nueve ciudades «donde todos los españoles europeos y canarios casi sin excepción fueron fusilados».

Bolívar fue muy discutido por los suyos, dio lugar a guerras civiles,

sufrió un intento de magnicidio y se le acusó de haber entregado a los españoles al precursor de la independencia y generalísimo Francisco de Miranda; él lo negó. Lo cierto es que el general español Domingo de Monteverde le concedió la libertad y un salvoconducto para Curazao «como recompensa al servicio prestado al Rey de España con la entrega de Miranda». Monteverde había conseguido, de momento, desmantelar al ejército rebelde con la capitulación de San Mateo y no tenía motivos para mentir. Sin embargo Bolívar, entonces coronel, tenía mucho que ganar con Miranda en una prisión española.

Tras su derrota en la batalla de La Puerta, Bolívar fusiló a 886 prisioneros españoles y añadió 300 enfermos y heridos del hospital de La Guaira. Este es el mito ante cuyo sable, falso lo más probable, y en un acto fuera del protocolo establecido, Felipe VI permaneció sentado. El Rey en ese momento representaba a todos los españoles y por ello a los descendientes de los masacrados por «El Libertador». El presidente Gustavo Petro, que fue guerrillero del M-19, guerrilla que en su día robó el sable y lo entregó a Fidel Castro, improvisó el show frente a la opinión de su predecesor Iván Duque que por lo que se ve tiene más sentido político que Petro. En Es-



pañía protestaron los de siempre: Belarra, Echenique, Monedero, Rufián... Insultaron al Rey y exigieron sus disculpas. ¿Por qué? El sable no es un símbolo de Estado. Hasta un tal Honrubia, diputado de Podemos, llamó «facha» a Felipe VI y sacó a relucir las guillotinas. Nada nuevo. Con fiscales y jueces de reacción más rápida tendría abierto de oficio un procedimiento por delito de odio.



La izquierda radical, la que se amamanta en el comunismo, adora a otros mitos impresentables por tener sangre en las manos en actuaciones masivas de represión. Stalin es el Zeus griego o el Júpiter romano en esta mitología de cartón. Siguió los pasos de Lenin en la eliminación implacable de sus adversarios políticos. En su llamamiento de 1918 Lenin ordenó: «Aplastad la hidra de la contrarrevolución con el terror masivo». Activó una guerra civil contra sus adversarios que, según autores fiables, se cobró millones de víctimas. Para el historiador británico Robert Conquest, autor de *El gran terror*, los muertos provocados por el estalinismo suman entre trece y quince millones. Sólo en la Gran Purga fueron asesinados cuatro millones de disidentes. Este personaje fue el mito e ídolo de los comunistas y de la izquierda radical durante decenios. Lenin lo sigue siendo y con su momia en la Plaza Roja.

Otro de los mitos del izquierdismo radical es Ernesto «Che» Guevara. Poco después de triunfar la revolución y al frente de la fortaleza de La Cabaña, en La Habana, Guevara asumió la Comisión Depuradora que desembocaría en «juicios revolucionarios» contra los disidentes. Los fusilamientos fueron creciendo entre enero y abril de 1959. Sólo en esos meses los fusilados fueron casi seiscientos. El autor cubano Luis Ortega cifra las víctimas de Guevara en La Cabaña en 1.897.



Algunos de los detenidos y luego fusilados en La Cabaña habían sido jefes guerrilleros pero no eran comunistas. Así Jesús Carreras Zayas, comandante del Segundo Frente, Escambray, fusilado en 1961. El otro comandante del Escambray, Eloy Gutiérrez Menoyo, madrileño de nacimiento, condenado a muerte, permaneció en prisión veintidós años. Fue liberado por gestiones de Felipe González y se trasladó a Madrid. Le conocí y traté en 1987.

Guevara dejó dicho: «Hay que llevar la guerra hasta donde el enemigo la lleve: a su casa, a sus lugares de diversión; hacerla total». Y en 1964 ante la Asamblea de la ONU: «Nosotros tenemos que decir aquí lo que es una verdad

conocida: fusilamientos, sí; hemos fusilado, fusilamos y seguiremos fusilando». Su imagen, reproducida de la célebre foto de Alberto Korda tomada en 1960, decora los cuartos de la progresía y se dibuja en las camisetas de los muchachos de una izquierda caviar que acaso desconocen qué historias hay detrás de ese rostro. Pues que lean más.

Hay suficientes ejemplos que permiten asegurar que a menudo perviven como mitos adorables los que no pasan de ser mitos de cartón.

* * *

«Apagón eléctrico», TC y acuerdos OTAN: la dura «vuelta al cole» que el PP prepara a Sánchez

Feijóo moviliza a sus diputados y senadores de cara al pleno extraordinario la semana que viene en el Congreso, la Comisión de Justicia en el Senado el 1 de septiembre, y el nuevo periodo de sesiones

Jesús Ortega (*Vozpópuli*)

Pedro Sánchez ya ha puesto fecha al pleno extraordinario que debía celebrarse en el Congreso antes del 2 de septiembre para convalidar o derogar el plan de ahorro energético aprobado por decreto en el Consejo de Ministros del pasado 1 de agosto. El próximo jueves, día 25, el hemiciclo volverá a llenarse para someter a votación el texto. El PP, que ya ha pedido al presidente retirar ese decreto y negociar uno nuevo, prepara una ofensiva contra el «apagón» del Gobierno, pero la «vuelta al cole» será aún



más dura, con reproches sobre las maniobras para cambiar la mayoría del TC y la falta de fechas para ratificar los compromisos adquiridos en la cumbre de la OTAN.

Así lo confirman a *Vozpópuli* desde la dirección nacional del partido y también desde los grupos

parlamentarios populares del Congreso y del Senado. Estas fuentes aseguran que la vuelta del presidente, y del propio Gobierno, al Parlamento tras el parón estival será de todo menos tranquila: «Tiene muchos frentes abiertos, con votaciones muy en el aire todavía, y nosotros estaremos ahí para recordárselo».

En el PP, por tanto, están ya preparados para el regreso de la actividad parlamentaria en ambas Cámaras y, más allá del próximo 25 de agosto, tienen más fechas apuntadas en el calendario. Sobre todo, a partir de septiembre, cuando se inicia el nuevo periodo de sesiones.

Cada votación, «como ir al dentista»

El primer frente abierto para el Gobierno, en todo caso, es el del pleno extraordinario de la semana que viene, en el que tratará obtener la confianza mayoritaria del Congreso para convalidar el plan de ahorro energético aprobado mediante decreto en el Consejo de Ministros del pasado 1 de agosto.

A día de hoy, y más allá del rechazo manifestado por el PP al actual texto, Sánchez no tiene garantizado el voto afirmativo de sus socios de investidura – entre ellos ERC y PNV– que se han mostrado críticos con la invasión de competencias autonómicas que provoca el decreto al imponer restricciones en el consumo energético.

Los populares ya han advertido que su objetivo es negociar un nuevo plan de ahorro energético con participación de las comunidades autónomas, a través de una Conferencia de Presidentes que ya han exigido convocar a Pedro Sánchez. Además, desde Génova insisten en que, si el decreto tal y como está sale adelante, se estudiará un posible recurso de inconstitucionalidad.

Así las cosas, y a menos de una semana para la votación, «el Gobierno y Bolaños están como siempre: sin saber si el decreto se aprobará o no y sin tener claro qué ofrecer a sus socios para que lo respalden». Para el PP, «cada votación es como ir al dentista para Sánchez y Bolaños» y los populares aprovecharán esa circunstancia para protagonizar un pleno duro el próximo jueves.



Más allá del pleno extraordinario de la semana que viene, en el PP también tienen marcada en rojo la fecha del 1 de septiembre. Ese día está convocada la Comisión de Justicia en el Senado, en una reunión que se producirá apenas unos días antes de que termine el plazo para que el CGPJ nombre a dos vocales al Tribunal Constitucional que, junto a los nombrados por el Gobierno, blinden una mayoría progresista en el citado organismo.

Sánchez logrará ese objetivo después de haber enmendado, por vía de urgencia, la propia reforma del Gobierno que quitaba esa competencia al CGPJ con el mandato caducado. Una maniobra que ya fue muy criticada por el PP el pasado mes de julio, antes del parón estival.

Algunas fuentes llegaron a apuntar, incluso, que esa 'devolución temporal' de competencias al CGPJ podía ser considerada inconstitucional, pero con la nueva mayoría en el TC, Sánchez evitaba un pronunciamiento en ese sentido. Ahora, ese debate se reabrirá... con una reunión de la Comisión de Justicia convocada el primer día de septiembre.

Acuerdos con EEUU y la OTAN

El PP, además, no se olvida de los compromisos adquiridos en materia de Defensa en la cumbre de la OTAN y con Estados Unidos. Así, el Consejo de Ministros tiene que aprobar primero la resolución de la Alianza Atlántica para

incorporar a Suecia y Finlandia a la OTAN y también el acuerdo con Estados Unidos para desplegar dos nuevos destructores estadounidenses en la base naval de Rota, y después llevar esos acuerdos al Congreso.

En Génova son plenamente conscientes de la división existente en la coalición de Gobierno por este asunto, ya que Podemos es contrario al pacto con los estadounidenses y también mostraron sus reservas con la ampliación de la OTAN. Una postura que comparten con otros socios de Sánchez, como Esquerra Republicana.

El presidente del Gobierno, de hecho, aplazó estas votaciones a después del debate sobre el estado de la nación para dar imagen de división, pero lo cierto es que el Ejecutivo tiene este último trimestre del año para ratificar esos compromisos adquiridos y el PP aprovechará para ahondar en las tensiones entre los integrantes del Consejo de Ministros y sus socios parlamentarios.



... y la inflación

A todos estos asuntos, hay que sumarle el principal caballo de batalla de los populares para hacer oposición al Gobierno: la inflación.

Alberto Núñez Feijóo va a insistir en un pacto económico para hacer frente al alza de los precios, aunque desde Génova recuerdan los «portazos» de Sánchez a estas propuestas de acuerdo. El líder del PP, además, ya ha exigido a Sánchez una reducción de ministerios en una posible remodelación del Ejecutivo, ya que «no es posible mantener el Gobierno más caro en el verano más caro».

* * *

Hay que convocar elecciones

«Es una irresponsabilidad que este Gobierno, formado por partidos antisistema, continúe año y medio más tomando medidas que sólo dividen a los españoles»

Esperanza Aguirre (*ElObjetivo*)

En 2019 se celebraron en España dos elecciones generales, en abril y en noviembre. En las primeras, Pedro Sánchez tuvo 7,5 millones de votos y 123 diputados, y en las segundas, 6,8 millones y 120 diputados. Esos resultados mostraron que en sólo seis meses había perdido el 9% de apoyos, pese a que había forzado esas segundas elecciones convencido de que sus resultados iban a mejorar.

Ya se ha contado miles de veces pero no está de más recordar de nuevo que a estas segundas elecciones Sánchez se presentó con la firme promesa de no pactar nada con los neocomunistas de Podemos, porque un gobierno con ellos le quitaría el sueño, y jamás con los herederos de ETA (por cierto, no sé

por qué les llamamos los herederos de ETA cuando son los mismos). Su indisoluble fracaso electoral de noviembre excitó en él esa vena que ya conocemos bien de ira y de arrogancia y al día siguiente anunció que los que le iban a quitar el sueño iban a ser sus compañeros de gobierno y que para conseguir su investidura contaba con los etarras.

Hace más de 40 años, Tierno Galván, con un cierto cinismo no exento de algo de sentido del humor, declaró que las promesas electorales estaban hechas para no cumplirse. No sabía el llamado viejo profesor que cuarenta años después un presunto socialista (y digo lo de presunto porque está por ver lo que a Sánchez le queda de socialdemócrata) iba a hacer de sus promesas electorales la exhibición de mentiras más escandalosa que se recuerda.

Sustentado sobre esas mentiras, Sánchez formó su gobierno Frankenstein, en coalición con los seguidores de Hugo Chávez y Maduro, a los que concedió cinco carteras ministeriales, entre las que se encontraba la fundamental de Trabajo, que recayó en una militante del actual Partido Comunista de España



(nada que ver con el eurocomunista de la Transición), que en su primera rueda de prensa demostró que no sabía siquiera lo que era un ERTE.

Y con esos bueyes en enero del 20 se puso a arar. Pero arar desde La Moncloa significa gobernar y eso ya son palabras mayores. Sobre

todo porque, como dejó dicho Harold Macmillan cuando le preguntaron cuál había sido el mayor problema que se había encontrado en sus muchos años de primer ministro en el Reino Unido, cuando se gobierna, aparecen los *events* (acontecimientos imprevistos).

Porque el gobierno que había formado Sánchez, con Pablo Iglesias de gran ideólogo, el único programa claro que tenía era el de cambiar la forma de pensar de los españoles para convertirnos en súbditos sumisos de los dogmas del neomarxismo bolivariano.

Y allí apareció en primer *event*: la pandemia. ¡Ah, amigo!, eso había que gestionarlo, y el ministro de Sanidad era un señor, al que le había dado un ministerio, normalmente inane, para promocionarle de cara a futuras elecciones autonómicas de Cataluña. La gestión de la pandemia fue catastrófica. Aunque no se ha querido hurgar demasiado en ello, las cifras no admiten discusión: España ha sido, porcentualmente, uno de los países con mayor número de muertes, uno de los países en el que la economía se ha derrumbado más y es el que más está tardando en salir del hoyo en que caímos. Ahí están las cifras:

- Inflación: 10,8%.
- Paro: 12,8% (la media europea es el 7,6%).
- Paro juvenil: 27,9% (el doble de la media europea).
- Deuda Pública: 1.475.000.000.000 euros, es decir, el 117% del PIB.

➤ Déficit: 7%.

En definitiva, España está en todos los indicadores en los peores puestos de Europa.

Además, la pandemia nos permitió ver en plenitud el carácter y las formas autoritarias y dictatoriales de Sánchez, al que se le veía feliz en sus intervenciones públicas, siempre con preguntas absolutamente controladas, dando órdenes de nuevas prohibiciones y reiterando unos estados de alarma que el Tribunal Constitucional ha terminado por calificar de anticonstitucionales.

Dos años después, a aquel *event* se le ha juntado otro: la guerra de Ucrania. Una guerra que ha venido a acentuar la grave crisis económica y energética en la que ya estábamos instalados hace más de un año, y no hay más que recordar la imparable subida del recibo de la luz que sufrimos, a pesar de las solemnes declaraciones de Sánchez de que íbamos a pagar lo mismo. Y otra vez, ante esta profunda crisis, el gobierno Frankenstein, con Sánchez a la cabeza, está demostrando su incapacidad, su autoritarismo sectario y su torpeza. De hecho, no puede salir a la calle.

Incapacidad para abordar el problema en profundidad y plantear soluciones serias para un problema capital, el de la energía, de modo que en España podamos tener una energía limpia, abundante y barata, como la nuclear.

Autoritarismo sectario porque sólo se le ocurren medidas coercitivas contra los ciudadanos, sin contar con los sectores interesados ni con los partidos de la oposición.



Y torpeza infinita a la hora de manejar nuestras relaciones internacionales y provocar la enemistad con Argelia, el país que, a corto plazo, podría vendernos gas a mejor precio del que estamos comprando.

Por todo esto creo que ha llegado el momento de que se convoquen elecciones generales cuanto antes. El Gobierno de Sánchez estaba pensado para llevar a cabo una revolución ideológica y, desgraciadamente para España y los españoles, ha dado pasos muy siniestros en esa dirección: la Ley de Memoria Democrática, la nueva Ley de Educación (que debería llamarse de Adoctrinamiento), el reconocimiento de ETA como aliado, la alianza constante con los golpistas catalanes y la desaparición de la socialdemocracia. Estos pasos tremendos, que, entre otras cosas, acaban con el espíritu de concordia y reconciliación de la Constitución del 78, es imprescindible que, cuanto antes, se sometan al escrutinio de los españoles.

Pero además, no es menos imprescindible que los españoles elijamos un gobierno que tenga claras cuáles deben ser sus políticas, en materia de defensa



(estamos viviendo una guerra terrible y en España tenemos ahora un gobierno en el que cada ministro dice una cosa distinta y opuesta de esta materia), en materia energética, en materia económica, en materia educativa, en materia territorial y, en general, en todo.

Es una irresponsabilidad que este gobierno, formado por partidos que expresamente se manifiestan como antisistema y anticonstitucionales y que ha demostrado cumplidamente su impericia a la hora de gestionar los *events* con los que se ha encontrado, continúe año y medio más tomando medidas que sólo han demostrado que sirven para dividir a los españoles y para fomentar la descalificación de los adversarios.

¡Elecciones generales, ya!

* * *

El cáncer de la vida política

Juan Manuel de Prada (ABC)

En su más reciente e iluminadora obra, *El derecho entre orden natural y utopía*, Danilo Castellano acierta a designar la gangrena medular que corrompe los ordenamientos jurídicos occidentales, que es tanto como decir el cáncer de nuestra vida política. Aristóteles afirmó que el derecho es determinación de la justicia; es decir, un instrumento que permite aplicar con equidad la justicia en el caso concreto. Pero las ideologías modernas no aceptan la naturaleza de las cosas (su realidad óntica) y, por lo tanto, no creen que se pueda determinar lo que es justo; por el contrario, se atribuyen el poder de construir un «mundo nuevo». Así, la realidad «creada» por la ideología puede poseer simultáneamente distintas naturalezas, según la mirada demiúrgica de cada ideología.

Inevitablemente, para las ideologías modernas el derecho deja de ser determinación de la justicia y se convierte en un instrumento para «crearla». Así, el derecho positivo puede «inventar» cuando le pide nuevas instituciones jurídicas, postulando la absoluta voluntariedad del derecho y, por lo tanto, su arbitrariedad: «*Quod principi placuit, legem habet vigorem*». La justicia, así, se convierte en la imposición de la opinión del más fuerte, que además dispone de los instrumentos de coacción necesarios. Y el derecho puede cambiar incesantemente, según cual sea la



opinión del más fuerte (la facción política que conquista el poder, la minoría más agresiva y ruidosa, el organismo supranacional que impone su agenda, etc.), que se autodetermina como quiere y cuando quiere. «De este modo – señala perspicazmente Castellano–, las instituciones jurídicas ya no se basarán en el orden natural de las cosas, sino que serán las condiciones para la “naturaleza” de las cosas; naturaleza sujeta continuamente a los cambios impuestos por la voluntad del Estado» (o por la fuerza secreta o patente a la que el Estado sirva).

Por supuesto, esta subversión radical del derecho no sería viable sin una noción demente de libertad, que ya no es capacidad de discernimiento, sino una hegeliana «libertad del querer» que permite la instrumentalización caprichosa del «derecho», convirtiéndolo en un medio para la realización de cualquier voluntad subjetiva. Esta mutación demente, además de instaurar la anarquía jurídica, decanta la democracia hacia el totalitarismo. Pues el demagogo de turno, en conformidad con las minorías a las que concede el favor de convertir sus deseos en ley, podrá hacer del derecho un instrumento de dominación de las conciencias, que acatando la ley no hacen sino comulgar con la ideología establecida.



Cuando el derecho se niega a determinar el bien y el mal, acaba inevitablemente atrapado en las arenas movedizas del relativismo. Así ocurre, como afirma Castellano en este libro excelente, que «evocar hoy el derecho natural significa lanzar un grito de guerra civil». Pues la realidad de las cosas se ha convertido en el principal enemigo de las ideologías.

* * *

Sentido de la tradición

Josep Miró i Ardèvol (*Forum Libertas*)

La tradición aporta sentido al tiempo. Como dice Saint-Exupéry, «el tiempo que corre no es algo que nos gasta y nos pierde, sino algo que nos realiza y madura». A la estructura y orden de la casa paterna en cuanto al espacio, le corresponde el rito en el tiempo:

–¿Qué es un rito? –pregunta el Principito».

–Es algo muy olvidado –le contesta el Zorro sabio–. Es lo que hace que un día sea diferente de otros días, una hora de las otras horas. Hay un rito, por ejemplo, en mi país, entre los que me cazan. Bailan los domingos con las mozas del pueblo. Entonces para mí el domingo es un día maravilloso, me paseo hasta la misma viña. Si mis cazadores bailasen cualquier día, los días serían todos semejantes y yo no tendría vacaciones...

El rito culmina con la muerte, le da sentido y la ennoblece. Esta es la causa por la que, con la tradición olvidada, nuestra sociedad tema tanto a la muerte,

que inútilmente intente ocultarla o se imagine domesticarla, citándola con puntualidad eutanásica. La falta de rito y, por tanto, de ritmo es lo que hace que nuestra sociedad se mueva entre el tedio y el desenfreno para acabar en el sin sentido del «tiempo que nos pierde» en lugar de ser el «tiempo que nos realiza». La respuesta ya tópica de «vivir cada instante de la vida como si fuera el último» es una fantasía inconsistente, y también es algo más, porque es, en último término, o una banalidad sobre el sentido de la vida o un gesto de desesperación.

Y, dado que la persona no puede vivir sin significados profundos sobre el tiempo y el espacio, una vez suprimida la tradición verdadera debe hacer esfuerzos ingentes para fabricar «tradiciones» espurias como un producto de consumo más.

Una sociedad que abjura de sus recursos pasados, es decir, de su tradición, ha de tener per se una gran dificultad para encarar el futuro. Y ese es un problema decisivo porque reduce la capacidad de diagnosticar y actuar de manera acertada.

La reluctancia de la sociedad desvinculada a la tradición nace de una pretendida incompatibilidad con el progreso. En realidad, tradición y progreso, en su sentido específico –avanzar, ir hacia delante–, forman parte del mismo entramado histórico, porque para que el progreso tenga un horizonte de sentido, no se pierda en sí mismo y pueda mantenerse, ha de ser ininterrumpida-



mente transmitido y apropiado para ser vivido y asumido. En todas estas operaciones se necesita la tradición, que requiere de dos sujetos, uno que trasmite y el otro que recibe.

El contenido de una tradición puede ser un

conocimiento, un principio del derecho, una canción, una oración, una institución, una fiesta o una norma de conducta. Debe existir una doble voluntad y, por tanto, ha de ser libre, de transmitir y de recibir, para que la tradición sea dada. En este proceso no hay diálogo, sino un hablar del que trasmite y un escuchar del «discípulo» o «heredero».

La satisfacción en la vida se alcanza cuando uno puede afirmar: «Yo recibí lo que os he transmitido». Ese es uno de los papeles fundamentales del padre y de la madre, y el deterioro actual de su función nace precisamente de la carencia en el transmitir. Sin tradición, los padres carecen de capacidad de «transmisión», de guía y autoridad moral.

Porque la tradición requiere de dos condiciones que resultan improbables en la cultura de nuestro tiempo. La primera, la de tener algo que decir, fruto de una recepción y asimilación previa; la segunda, la capacidad de escuchar en

silencio. «Enseñar en la tradición es más difícil que enseñar lo nuevo»: este dicho judío es particularmente cierto en nuestro tiempo.

¿Cómo hacer frente a la crítica de por qué lo recibido debe seguir gozando de validez? Ciertamente, no recurriendo a la tautología de porque «es la tradición».

Josef Pieper nos dice quién quiere transmitir algo no debe hablar de «tradición», sino que debe preocuparse de que los contenidos de esa tradición, de esas «antiguas verdades», si son realmente verdaderas, se tengan realmente presentes; sobre todo, mediante un lenguaje vivo, un rejuvenecimiento creativo, por así decir, mediante una continua confrontación con lo inmediatamente presente y con el futuro. Hacer presente la tradición pasa, por tanto, por obrar un «renacimiento».

Anthony Giddens asume aquella tradición que pueda ser razonada. El *traditium* real es algo sumamente dinámico, pero ese dinamismo debe buscar su propio ritmo y contenido. El *traditium* nace de su propia lógica interna. La dinámica de la tradición no tiene nada que ver con correr detrás del mundo, sino con saber situarse a partir de la tradición renacida. Sin ella, la continua transformación de la sociedad se torna ininteligible, el progreso se convierte en un sinsentido.



Mucho de esto acaece en nuestro tiempo. La vida no puede ser una revolución permanente, y por ello requiere del «renacimiento», de la recuperación, de lo olvidado y reprimido, para revalidarlo. Esta vuelta a nacer surge de la tradición, de los «antiguos». Solo la tradición permite un renacimiento, porque, si el conocimiento de los antiguos se pierde, nunca podrá ser verdaderamente recreado. El nuevo inicio siempre es «renacer», es decir, rescatar y recrear el pasado para articularlo al progreso. Es la unión de las comunidades de memoria, de vida y de proyecto.

La cultura de la desvinculación se ha negado un recurso cultural fundamental al haber prescindido de la tradición, y esta es una causa más de la incapacidad para resolver las crisis acumuladas. Charles Taylor, en su formidable trabajo sobre la construcción de la identidad moderna (*Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*), muestra de la mano de poetas como Pound y, sobre todo, Eliot la indigencia espiritual de nuestro tiempo, nacida en gran parte del hecho de no disponer de la plenitud del significado al partir solo de los recursos de la propia época.

Siguiendo a MacIntyre, podemos decir que la tradición constituye un debate desplegado en el tiempo basado en unos acuerdos fundamentales que son definidos y redefinidos mediante un doble conflicto: con los externos a aquella tradición, que rechazan aspectos o la totalidad de ésta, e internamente,

mediante interpretaciones sobre sus acuerdos fundamentales entre quienes forman parte de ella. Para mantenerse viva, la tradición cultural debe ofrecer una respuesta a los problemas planteados por otras tradiciones rivales y también a las interpretaciones internas.

De esta definición se desprenden algunas consecuencias.

1. La tradición es, por definición, dinámica. Constituye la posibilidad práctica de articular el presente con el pasado y el futuro. Por encima de hipótesis teóricas, ofrece la práctica de la vida vivida.

2. La duración y vitalidad de una tradición se verifica en su capacidad para aportar respuestas satisfactorias para quienes están adscritas a ella y en relación con tradiciones rivales. También se manifiesta en su unidad interna y su alcance local o universal. Todo ello será un signo claro de su importancia humana.

3. Toda tradición está configurada por el conjunto de personas unidas en torno a lo que MacIntyre denomina acuerdos fundamentales [*fundamental agreements*] sobre lo que constituye el bien de la vida humana. Este es el núcleo sobre el que se constituye la tradición, el que señala su validez. Esta unidad no excluye las diferencias, aunque estas solo pueden ser de carácter accidental, secundarias. Si, por el contrario, se dan discrepancias sobre el núcleo fundamental, pasa a ser otra tradición distinta, escindida de la primera. De ahí que el mecanismo de una tradición para salvaguardar sus acuerdos fundamentales consista en la separación de quienes discrepan sustancialmente de ellos, en especial si tal disconformidad se convierte en una bandera de poder más que un intento razonable de reinterpretarla.



La tradición cultural es una condición inherente a la persona humana, a su necesidad relacional y de identidad. Otra cosa distinta es la conciencia de pertenecer a ella o el asumirla con coherencia. El cosmopolitismo liberal se intenta presentar como una no tradición. Es un absurdo. El liberalismo, en sus matices y variantes, es otra tradición de algo más de dos siglos de existencia, que debe someterse al conflicto sobre sus acuerdos fundamentales, tanto de carácter interno, como en relación con otras tradiciones rivales.

* * *